

de Pascua y otra antes de Navidad; rezaba cada día el Salterio y varios oficios; y por último, servía la comida con el rey su esposo todos los días á mas de trescientos pobres, y repartía limosnas inmensas. Sintióse enferma de muerte, hizo una confesion general: el último día quiso recibir el Viático en su oratorio, oyó misa en él, y despues la volvieron á su lecho. Estaba con grande inquietud por no saber del rey su esposo, que se hallaba en la guerra con sus dos hijos, cuando el mas jóven entró en la cámara; pidióle noticias de su padre y de su hermano, y él respondió que estaban buenos, pero tan cortado que la reina no quedó satisfecha. Instóle esta con tanta fuerza, que él no pudo conservar por mas tiempo el disimulo, y confesó que habian sido muertos uno y otro tres dias antes. Alzando la Santa los ojos al cielo dió gracias á Dios porque la enviaba aquella afliccion para expiar sus culpas, y murió al momento siguiente de este sacrificio. Honra la Iglesia su memoria el 10 de junio, aunque murió el 16 de noviembre.

Al año siguiente (1094) murió en la Pulla San Nicolás, llamado el Peregrino, porque no era del país; hombre que era ya venerable por sus virtudes en una edad en que ordinariamente aun los mas avanzados en la via de la perfeccion apenas si comienzan su carrera (1). Habia nacido en Grecia en una ciudad de la Atica, de padres pobres, que no pudieron darle la menor tintura de las letras ni aun hacerle aprender un oficio; y esta fué la razón porque á la edad de ocho años se vió en la necesidad de guardar ovejas. Pero esta alma dirigida por el Espíritu Santo, supliendo con el fervor de los afectos la instruccion exterior y la diversidad de oraciones, principió desde entonces á repetir de continuo y en voz alta esta

(1) Bolland. ad 2 Jun.

pequeña súplica: «Señor, tened piedad de nosotros.» Pronunciábala sin cesar noche y día, y esta devocion la conservó toda su vida por mas esfuerzos que hicieron para apartarle de una singularidad que se miró muchas veces como un acto de demencia. Retiróse á la montaña de Esterion, construyó en ella una cabaña con palos, y allí vivió algun tiempo solo, trabajando y repitiendo sin cesar la misma plegaria. Pasó despues á Lepanto, en donde se unió con un monge llamado Bartolomé, de quien no se volvió á separar y con el cual se embarcó para Italia. Ayunaba aquí todos los dias, permaneciendo sin comer nada hasta el anochecer, en que tomaba un poco de pan y agua, y despues gastaba toda la noche en orar en pié. Todo su vestido consistia en una túnica ligera que no le llegaba mas que hasta las rodillas, de modo que quedaban desnudas las piernas y los pies, así como la cabeza; llevaba una cruz en la mano, y colgado del hombro un saco donde ponía las limosnas que le daban, y que él distribuía despues á los pobres y á los niños que le rodeaban en tropel por todas partes. Exhortaba á todo el mundo á la penitencia, y sus discursos eran apoyados con milagros. No obstante, en muchas partes sus extraordinarios modales le ocasionaron burlas ó malos tratamientos; pero en Trany, donde espiró siendo todavia muy jóven, corrió la gente en tropel á honrarle y á pedirle su bendicion. Fué aún mayor el concurso en sus funerales, celebrados con pompa en la iglesia catedral, donde adquirió su sepulcro mucha fama por una multitud de milagros: le invocaban principalmente en los naufragios como al santo obispo de Mira, cuyo nombre tenia.

Principiaban á fortalecerse el orden y la disciplina en aquellas provincias meridionales de Italia, y aun mas allá de los mares, en la Sicilia, ocupada despues de mas de

dos siglos por los musulmanes. Despues de haber conquistado casi toda aquella isla opulenta el conde Rogerio, mostró su reconocimiento á Dios como político verdaderamente cristiano, esto es, poniendo freno á los desórdenes introducidos por la dominacion prolongada de los infieles. Restableció la justicia y la tranquilidad pública, dispensó su proteccion á los débiles y distinguióse por su beneficencia con todos los desgraciados. Fué muy asiduo á los divinos oficios; reedificó las iglesias, mandó que las pagaran los diezmos, y aumentó además sus rentas con grandes liberalidades. Pero á lo que principalmente se consagró fué al restablecimiento de los obispados: en solo el año de 1093 fundó los de Mesina, Catana, Girgento y Masara (1). Fundó despues el de Siracusa: teniendo en todos cuidado de poner buenos pastores que traia de lejos, especialmente de Normandía de donde era originario. Además de los obispados, restableció tambien gran número de monasterios y levantó otros nuevos, tomando para todas estas buenas obras los consejos del Papa Urbano, de quien obtuvo reglamentos á los que se recurrió despues por largo tiempo, lo que hizo mirar á este Pontífice como restaurador de la iglesia de Sicilia.

Tambien fué Urbano quien restableció el obispado de Arras, que desde San Vaast, es decir, hacia ya mas de 500 años, estaba unido al de Cambray. Como este formaba parte del reino de Lorena y por consiguiente de los Estados del emperador de Alemania, no se cuidaba Enrique de favorecer al Papa en el ejercicio de su autoridad, aun cuando estuviese apoyada por el rey Felipe y por los artesianos sus súbditos. Habíanse dirigido desde luego estos á Urbano, el cual, conociendo tambien las intenciones del rey, les permitió proceder á la eleccion de un obispo,

(1) Gaufr. Malater. lib. 4, c. 7.

y escribió al arzobispo de Reims para que le consagrara. Ocupaba entonces esta Silla Rainaldo, el cual por no comprometerse con Enrique y por no ver separada de su metrópoli á Cambray, volvió á enviar al Papa los diputados de Arras y de Cambray. Los de esta última ciudad no fueron; pero los otros, luego que regresaron á su país, hicieron ejecutar las órdenes que habian recibido. Despues de tres dias de ayuno, Lamberto de Guisnes, canónigo y chantre de Lille, sugeto distinguido por su mérito y su virtud, fué elegido unánimemente é instalado á pesar suyo obispo de Arras. El mismo Papa le consagró en Roma el día 19 de marzo del año 1094.

En Lombardía tomaron los negocios un sesgo no menos favorable á los intereses del Pontífice legitimo que en Sicilia. Los indignos procederes del emperador Enrique contra su esposa Adelaida, movieron á Conrado su hijo, aunque de otra muger, á declararse contra él. Dicese que Enrique despues de haber puesto en una cárcel á esta princesa desgraciada, permitió á muchos disolutos que la violentasen, y que instó al mismo Conrado á que abusase de su madrastra. No contestando el príncipe sino con señales de horror y de indignacion, dijo el emperador que no era hijo suyo sino de un señor de Suavia, á quien en efecto era muy parecido (1). Arrebatado Conrado de despecho abandonó á su padre, y se alió al partido de la condesa Matilde y de los demas católicos. Las ciudades de Milan, Cremona, Lodi y Piacencia se declararon en su favor, y formaron una liga de veinte años contra Enrique, lo cual redujo á este príncipe á tal estado de debilidad y desesperacion, que se habría suicidado si sus gentes no se lo hubieran impedido. En su lugar fué reconocido Conrado por rey de Italia, y coronado con so-

(1) Dodech. ad an. 1093.

ternidad en Milan por el arzobispo Anselmo, tercero de este nombre (1093).

Marchó luego á ver al Papa Urbano á Cremona en donde le juró fidelidad, ofreciendo defender con todo su poder los derechos del Pontífice legítimo. Por su parte ofreció Urbano su socorro para conservar en el reino de Italia, y alcanzarle la corona imperial. Fué tan vivo y tan general el júbilo que este acontecimiento causó á los católicos, que el sabio obispo de Chartres escribió al Papa felicitándole por la reduccion del reino de Italia á su obediencia, y por los piadosos sentimientos del nuevo rey que renunciaba á las investiduras. Viéndose entonces afligidas con una espantosa mortandad la Alemania y especialmente la Baviera, este azote hizo que muchos cismáticos entrasen dentro de sí mismos y se arrepintiesen, y Urbano los recibió con la mayor bondad. Arnolfo había recibido de manos de Enrique el anillo y el báculo para el arzobispado de Milan, pero el legado había anulado su eleccion. Sometióse Arnolfo á esta sentencia y se retiró á un monasterio; informado de lo cual el Papa á su llegada á Milan, así como de su conducta, y sin duda por no dejar estuviese vacante mucho tiempo esta iglesia, hizo que Arnolfo fuese consagrado por el arzobispo de Salzburgo, asistido de los obispos de Constanza y de Passau, que despues del Concilio de Plasencia regresaban á sus diócesis.

Fué tambien reconocido el Papa Urbano por Guillermo el Rojo, rey de Inglaterra, que hasta entonces había estado indeciso entre el Pontífice legítimo y el antipapa. Había enviado á Roma dos capellanes suyos á fin de aclarar este grande negocio, menos por celo del orden gerárquico que por odio contra el santo obispo de Cantorbery, á quien pretendía hacer deponer. La penitencia y las buenas disposiciones de Guillermo no habían durado mas tiempo que el que estu-

vo próximo á la muerte, pues luego que recobró la salud se olvidó de todas sus promesas. Un día que Gandulfo, obispo de Rochester, quiso hacerle temer que esta conducta le atraeria algun nuevo castigo de la ira de Dios, el príncipe, usando del juramento que le era familiar, dijo con enfado: «Por el Santo Cristo de Luca, jamás Dios me hará bueno haciéndome mal.» A este príncipe intratable, y por otra parte muy indiferente en orden á la conservacion de la disciplina eclesiástica, no tardó en incomodarle el celo de un prelado santo que utilizaba todas las ocasiones de pedir el restablecimiento del orden antiguo; pero la pasion de Guillermo por el dinero fué la que hizo estallar el rompimiento.

Procurando por todos los medios despojar de la Normandía al duque Roberto su hermano, subió á dos mil libras de peso de plata las que pretendió sacar por contribucion del arzobispo de Cantorbery. San Anselmo, que con el designio de grangearse para la Iglesia la proteccion del rey le había ofrecido desde luego quinientas, que no admitió, opinó despues que este donativo, aunque gratuito, podría tomarse por promesa que hubiera hecho al soberano con la mira de obtener el arzobispado; y á consecuencia de esto cerró los oídos á cuanto se le representaba de parte de este príncipe. Con esta ocasion, Guillermo, obispo de Duran, uno de esos hombres frívolos cuyos méritos consisten en la intriga y la verbosidad de la corte, puso en movimiento esta habilidad para saciar su ambicion. Con la esperanza de sentarse en la Silla de Cantorbery metió en la cabeza al rey Guillermo que hiciese renunciar á Anselmo ó al arzobispado, ó á la obediencia del Papa Urbano. El santo prelado, que en Normandía había reconocido á este Pontífice por Gefe de la Iglesia, estaba preparado á perderlo todo antes que faltar á su conciencia. El rey, por

el contrario, presentó como un atentado hecho á su corona el que sin su permiso se reconociese en Inglaterra un Papa, y en consecuencia declaró que ya no miraba á Anselmo como arzobispo, y mandó á los obispos no solo que le negasen toda obediencia, sino tambien que no tuviesen en adelante comunicacion alguna con él. Tuvieron estos la cobardía de obedecer semejante orden, seducidos unos por su propia ambicion, y otros por las intrigas de los ambiciosos. Tratose despues de seducir á los señores, pero mas libres de este género de interés que los prelados, y mostrando mas reclitud, contestaron que Anselmo era su pastor legítimo encargado de gobernar la Religion, y que siendo cristianos no podían dejar de estar bajo su direccion. El pueblo, estimulado con este ejemplo, miró con indignacion á los obispos prevaricadores llamándolos á este Judas, á aquel Pilato, á otros Caifás, Herodes, etc., dándoles todos los nombres mas ofensivos á los oídos cristianos. En una palabra, el rey á pesar de su genio imperioso, temió llevar mas adelante su empeño, y para salir del apuro señaló un plazo al arzobispo para que meditase y tomase por último su resolucion.

Así las cosas, regresaron los dos capellanes enviados á Roma por el rey, trayendo consigo al legado Gautier, obispo de Albano. Habíanse convencido de que el Papa Urbano era el Pontífice legítimo, y Gautier traía el pálio para el arzobispo de Cantorbery (1). Había exigido Guillermo que se le enviasen para darle á quien mejor le pareciese, y disponer así la deposicion de Anselmo. Al pasar el legado por Cantorbery no vió al arzobispo, ni dijo palabra alguna del pálio que llevaba consigo, y quiso tener siempre á los dos capellanes por testigos de todas sus conversaciones y de todos sus pa-

(1) Edmer. *hist. Novor.* lib. 2. al B. del G., tomo V.—XVIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III.

sos. Cuando se avistó con el príncipe habló solamente de aquello que sabía le había de lisongear, y no dijo una palabra siquiera á favor de Anselmo. Hizo en suma tan perfectamente su papel, que las gentes de bien temieron que Roma hubiese preferido el dinero ó el poder á la defensa de la justicia. Con esta conducta se ganó tan bien el corazón del rey, que publicó en todo el reino una orden absoluta de reconocer á Urbano II por Papa legítimo.

Quiso á su vez persuadir al legado que usase de la autoridad pontificia para deponeer á Anselmo; pero aunque prometió enviar á Roma todos los años una gran suma de dinero, el legado fué incorruptible. Así todas las baterías que el rey Guillermo había levantado contra el santo arzobispo de Cantorbery con tanto riesgo para el orden gerárquico de la Gran Bretaña, solo sirvieron para arrancar las últimas semillas del cisma. No pudiendo ya volverse atrás quiso por lo menos salvar su dignidad, y tener el mérito de congraciarse con aquel á quien no había podido destruir. Solicitó del arzobispo que le hiciese un regalo por lo menos con la ocasion del pálio, el cual á no haber sido por la embajada del rey habría tenido que irle á buscar á Roma con grandes gastos. Respondió el Santo que esto sería dar una apariencia de venalidad á la benevolencia de su Soberano, y hacerle injuria. Vióse reducido por último el príncipe á captarse gratuitamente la voluntad del arzobispo; y conviniéndose en una reconciliacion en forma, dijeron de una parte y de otra que olvidarían todo lo pasado. Propusieron á Anselmo algunos mediadores que recibiese por lo menos el pálio de mano del rey; pero él representó que esta era una gracia de la Santa Sede y no una merced del monarca: por lo que se dispuso que el legado llevara el pálio á Cantorbery, le depositaria sobre el altar, y Anselmo le toma-

ria en él. Ejecutáronlo así con mucho aparato en medio de las aclamaciones de un pueblo innumerable. Después de esta reconciliación forzada, el rey Guillermo dejó por algún tiempo en paz al Santo.

Cuando Anselmo se vió establecido en la Silla arzobispal, escribió de nuevo, y con mas estension que siendo abad, contra los errores de Roscelino, porque juzgó que un obispo, especialmente hallándose colocado en una Silla tan eminente, en nada debía pensar tanto como en desvanecer hasta las menores nubes que pudiesen eclipsar su fé. Convencido al propio tiempo de que el mejor modo de justificarse de una heregia, es establecer los principios contrarios sobre la unanimidad de sentir entre la Cabeza y miembros del cuerpo episcopal, sometió al juicio del Papa Urbano el tratado que compuso con este motivo sobre la fé de la Trinidad y de la Encarnación. Así todo el mundo cristiano se convenció plenamente de la falsedad de las imputaciones de Roscelino.

Una refutación tan satisfactoria enseñó generalmente á todos á desconfiar de las calumnias de un impostor que denigraba con preferencia á los personajes mas virtuosos. La carta envenenada que publicó contra el bienaventurado Roberto de Arbrisel, no mereció mas que el desprecio de los hombres de bien. Si la reputación de Roberto se eclipsó por algún tiempo para una porción de espíritus ligeros, la verdad penetró por fin la nube, y la inocencia reconocida sacó nuevo espleador de la malignidad de los calumniadores. Este santo varón, breton de nacimiento, llevaba su apellido ó sobrenombre de la aldea de Arbrisel, hoy Arbresec, en la diócesis de Rennes (1). Como en su patria no había maestros hábiles, fué desde muy jóven á cultivar sus felices disposiciones á la escuela de París, donde

(1) Bolland. ad 25 Febr.

sobresalió muy pronto; y llegando esto á oídos de su obispo Silvestre de la Guerche, le llamó cerca de sí y le nombró su arcepreste. Correspondió Roberto á las esperanzas del prelado, combatiendo con fruto la simonía y la incontinencia de los clérigos. Acarreóse con esto el odio de los culpables, quienes después de la elección de Mardobio, sucesor de Silvestre, no encontraron ya límites á su rencor, y quitaron al santo arcepreste el consuelo de ser apoyado en las empresas de su celo y hasta la esperanza de hacerlas eficaces. En su consecuencia hizo dimisión del arceprestazgo y se retiró á la selva de Craon en los confines de la Bretaña y del Maine; pero la reputación de su virtud y de su habilidad convirtió pronto este desierto en un punto de reunión de todas las almas deseosas de su salvación y de su perfección. Roberto, que tenía una gracia particular para anunciar la palabra de Dios, contó un gran número de asiduos discípulos que sometió á la regla canonical después de haber edificado, con las liberalidades de Renaldo de Craon, la abadía de nuestra Señora de los Bosques, ó nuestra Señora de la Rueda. Fué abad de allí, pero este campo era demasiado estrecho para contener en su recinto la estension de su celo. Recorrió todos los países vecinos predicando penitencia, tanto con su ejemplo como con sus palabras, y esto con un fruto que correspondía al concurso prodigioso de sus oyentes. Por entonces (1095) llegó el Papa á Francia, y habiendo oído á aquel hombre apostólico, le mandó ir á sembrar por todas partes las semillas del Evangelio, lo que verificó con una edificación tal, que causó una santa revolución en las costumbres de todos los Estados, é infundió, hasta en el sexo mas débil, toda la fuerza y elevación del heroísmo. Entre los motivos que conducían á Urbano II á Francia, donde había nacido, contábase la

expedición tantas veces proyectada, aunque sin efecto, y pronta por fin á ejecutarse contra los infieles opresores de la tierra consagrada por la Sangre de nuestro Redentor. Habíase ya tratado de ella en el Concilio de Plasencia, donde sola la esperanza de una cosa tan deseada había reunido millares de asistentes; y el Papa no dudó de que esta obra quedaria consumada en otro Concilio que quiso celebrar en el pais mas á propósito para favorecer este magnánimo proyecto.

El primer móvil de tan grande obra era un simple sacerdote de la diócesis de Amiens, llamado Pedro, y apellidado el Ermitaño, á causa de la vida solitaria con que edificaba á todos (1). Era pequeño de cuerpo y de una fisonomía poco agradable; pero tenía un valor heróico, un espíritu elevado, y tal viveza y energía en sus afectos, que los hacia pasar de un modo irresistible al alma de aquellos á quienes hablaba. Su vida pobre y austera le daba mayor grado de autoridad: llevaba una túnica de lana con una mala capucha: iba por lo comun con los pies descalzos, ó montado sobre un jumento cuando le faltaban ya las fuerzas: distribuía todo lo mejor que se le daba: no comía mas que pan, ni bebía mas que agua; y todo lo hacia sin afectación y con la piedad juiciosa que correspondía á un genio de aquel orden: Pedro sabía oportunamente hacer que cediese la mortificación á la condescendencia.

En el seno mismo de la dominación tiránica de los turcos y de los árabes había formado este hombre el proyecto de libertar de su poder los Santos Lugares. En la peregrinación que hizo á Jerusalem tuvo el mayor sentimiento al ver una mezquita edificada sobre los cimientos del templo, las caballerizas contiguas á la iglesia del Santo

(1) Mus. Ital. pag. 131.

Sepulcro, y profanados de mil modos la mayor parte de los lugares en que se habían obrado nuestros primeros misterios. Como tenía ya formado su plan, inquirió y se informó de su patron que era cristiano, y de algunos otros fieles, tanto de su miseria presente, cuanto de los males que habían sufrido después de muchos años. Pasó después á conferenciar sobre esto con Simeon, patriarca virtuoso de Jerusalem, le pintó en presencia de algunos otros prelados y de muchos cristianos del pais, el valor y poder de los principes de Europa, el celo y la grande autoridad del Papa, y por último añadió: «no dudeis, ó Santo Padre, que si la Iglesia y los soberanos del Occidente fuesen informados y se les pidiese su auxilio por una persona tan digna como vos de su veneración y confianza, correrían con empeño y prontitud á romper el yugo opresor bajo del cual gemís. Escribid al Papa y á los principes cartas circunstanciadas y selladas con vuestro sello; yo me ofrezco á ser el portador, y á hacer por todas partes con la ayuda del Señor eficaces instancias por vuestra libertad.» Los obispos y cada uno de los fieles que estaban presentes dieron á Pedro muchas gracias y escribieron las cartas que pedía.

Orando después por el buen éxito de su empresa en la iglesia del Santo Sepulcro se quedó dormido, y vió en sueños á nuestro Señor que le dijo: «levántate, Pedro, y apresúrate á egecutar tu misión: ya es tiempo de ausiliar á mis siervos, y vengar la santidad de mi casa: no temas nada; yo estoy contigo.» Sea lo que se quiera de la naturaleza de este sueño, el Patriarca Simeon, á quien Pedro le contó al punto, y que según todos los monumentos era un hombre de mucho juicio y de una grande virtud, le tuvo por una revelación divina después de mirarlo con detención. Pedro el Ermitaño se sintió tan prodigiosamente